

EL GRAN DRAGÓN ROJO Y LA MUJER VESTIDA DE SOL

— REVISTA DE DIVULGACION LITERARIA —

¿Cómo pretendes que las carnes de mi inocencia hiervan en la caldera si no oigo más que gritos débiles y confusos, que para mí son tan sólo los gemidos del viento que pasa por encima de nuestras cabezas? Es imposible que un escorpión haya fijado su residencia y sus afiladas pinzas en el fondo de mi órbita despedazada; creo más bien que son poderosas tenazas que trituran los nervios ópticos. Sin embargo, coincido contigo en la opinión de que la sangre que llena el recipiente, fue extraída de mis venas la última noche por un verdugo invisible mientras yo dormía. Te he estado esperando mucho tiempo, hijo amado del océano, y mis brazos entumecidos entablaron un inútil combate con Aquel que había penetrado en el vestíbulo de mi casa... Sí, siento que mi alma lleva un candado sobre el cerrojo de mi cuerpo, por lo que no puede soltarse para huir lejos de las costas que azota el mar humano, y para no seguir siendo testigo del espectáculo de la jauría livida de los infortunios que persiguen sin descanso, a través de los barrancos y precipicios del inmenso desaliento, a las gamuzas humanas. Pero no me quejaré. Recibi la vida como una herida y he prohibido al suicidio que haga desaparecer la cicatriz. Quiero que el Creador contemple hora tras hora, durante su eternidad, ese tajo abierto. Es el castigo que le inflijo. Nuestros corceles disminuyen la velocidad de sus patas de bronce; sus cuerpos tiemblan como el cazador sorprendido por una manada de pécaris. No conviene que ellos presten atención a lo que decimos. Con tanta atención, sus inteligencias se desarrollarían y podrían llegar a comprendernos. ¡Pobres de ellos, porque entonces sufrirían mucho más! Para convencerte, no tienes más que pensar en los jabatos de la humanidad: el grado de inteligencia que los separa de los otros seres de la creación. ¿no parece haberles sido otorgado únicamente al precio indefectible de sufrimientos incalculables? Imita mi ejemplo, y que tu espuela de plata se hunda en los ijares de tu corcel...". Nuestros caballos galopaban a lo largo de la costa como si rehuyeran la mirada humana.



CONDE DE LAUTRÉAMONT

Fragmento extraído de "Los Cantos de Maldoror y otros textos" — Conde de Lautréamont — Barral Editores — 1970 — Traducción de Aldo Pellegrini.

EDITORES RESPONSABLES :

Alejandro Schmidt
Normand Argarate

Dirección Editorial :
Hipólito Irigoyen 43
Villa María — C.P. 5900 —
Prov. de Córdoba
Rep. Argentina

AÑO 2

N° 6

COLABORARON EN ESTE NUMERO :

Octavio Paz
Haroldo Conti
Giacomo Leopardi
Héctor Murena
Edith Vera
Javier Cófreces
Sergio Kern
Juan C. Moisés
Patricio Torne
Virgilio Piñera

VILLA MARIA, NOVIEMBRE DE 1988

CUENTO

Perdido

HAROLDO CONTI

El tren salía a las ocho o tal vez a las ocho y media. Recién diez minutos antes enganchaban la locomotora pero de cualquier forma el tío se ponía nervioso una hora antes. Todos los del pueblo eran así. Apenas llegaban y ya estaban pensando en la vuelta. Su padre había hecho lo mismo. La mitad del tiempo pensaba en las gallinas, que comían a su hora, o en el perro, que había dejado en lo del vecino. Para él Buenos Aires era la Torre de los Ingleses, Alem, la Avenida de Mayo y, por excepción, el monumento a Garibaldi, en Plaza Italia, porque la primera vez que vino, con la vieja, se extraviaron y fueron a parar allí. Se sacaron una foto y el tipo de la máquina los puso en un tranvía que los llevó a Retiro. De cualquier forma llegaron una hora antes y con todo estaban tan excitados que casi se meten en otro tren.

Mientras cruzaba la Plaza Británica con aquella torre que de alguna manera presidía su vida, vista o entrevista a cualquier hora del día en que pisó Buenos Aires, y luego los años y toda la perra vida, y ahora esa vieja tristeza que le nacía de adentro, bueno, y la torre siempre allí como el primer día, mientras cruzaba la plaza, pues, vio al tío por anticipado en un rincón del hall del Pacífico (ellos todavía decían Pacífico) encogido dentro del sobretodo que olía a tabaco, con la valija de cartón imitación cuero a un lado y un montón de paquetes sobre las rodillas, manoseando el boleto de segunda dentro del bolsillo para asegurarse de que todavía seguía allí.

Lo había llamado dos o tres veces desde el hotel Universo pero él estaba fuera y la muchacha entendió las cosas a medias. Después trató de llegar hasta la casa, a pie, por supuesto, pues los trolés y los colectivos lo espantaban. Se había extraviado en algún punto de Leandro Alem y antes de perder de vista la Plaza Británica prefirió volver a Retiro y esperar el tren.

Hacia un par de años que Oreste no veía al tío pero estaba seguro de encontrarlo igual. La misma cara blanca y esponjosa salpicada de barritos y de pelos con aquellos ojos deslumbrados que se empequeñecían cuando miraba algo fijo, el moñito a lunares marchito y grisiento, el mismo sobretodo negro con el cuello de terciopelo, el chambergo alto y aludo que se calzaba con las dos manos y el par de botines con elásticos.

La estación Pacífico se había empequeñecido con los años. Eso parecía, al menos. En realidad era un misero galpón con un par de andenes mal iluminados. En otro tiempo, sin embargo, veía todo aquello coloreado por una luz misteriosa. La propia gente estaba impregnada de esa luz. Era espléndida, leve y gentil, como si no fuera a cambiar ni a morir nunca y la estación lucía como un circo. Pero la gente había cambiado de cualquier forma y la vieja estación Pacífico lucía ahora como lo que era, un misero galpón de chapas lleno de ruidos y olor a frito.

Vio al tío en un banco, debajo del horario de trenes. Parecía muy pequeño e insignificante. Tenía las manos metidas en los bolsillos, las piernas bien juntas, un paraguas sobre las rodillas y la mirada perdida en el aire.

Miraba en su dirección pero no lo veía. No veía nada.

Reaccionó cuando lo tuvo delante.

—¿Oreste!

Se abrazaron y se besaron, de acuerdo a la vieja costumbre. Oreste dejó que el tío lo palmeara un buen rato. Tenía ese olor familiar, un olor masculino que evocaba a aquellos hombres reservados de su



infancia que le sonreían con breve indulgencia, como el tío Ernesto, grande como un ropero y delante del cual tragaba saliva invariablemente, o el gran tío Agustín, la única vez que lo vio el día que vino de Bragado en aquel Ford A con cadenas que echaba una nube de vapor por el gollete del radiador, o al propio tío Bautista cuando era el mismo por entero y no apenas esta sombra.

Se apartaron y el tío preguntó sin soltarle los brazos:

—¿Cómo va?

—Bien, bien.

Se miraron y sonrieron un rato y después se volvieron a abrazar.

—¿Y usted, qué tal?

—Bien, bien.

—¿La tía?

—Y, bien...

Le puso una mano sobre un hombro y lo miró largamente.

Oreste sonrió despacio. Estaba acostumbrado a aquel estilo.

—¿A qué hora sale el tren?

—A las ocho y media.

—Son las siete y cuarto. Vamos a tomar algo.

—No... mejor nos quedamos aquí. ¿A dónde vamos a ir? Entre que arriman el tren y enganchan la locomotora se va el tiempo.

—Sí, pero nosotros no tenemos nada que ver en todo eso. Vamos.

—¿Y a dónde? No hagas cumplidos conmigo, hijo.

Estuvieron forcejeando un rato hasta que por fin lo convenció y se metieron en el bar de la estación. Conquistaron un lugar desde el cual, a través de una perspectiva complicada, veían un pedazo del andén número 4.

Oreste pidió hesperidina y el tío, a fuerza de insistir, un Cinzano con biter.

—¿Cómo se largó hasta aquí?

—¿Eh!... hacía tiempo que lo tenía pensado.

El tío miró el reloj del bar y puso cara de espanto.

—Está parado —dijo Oreste sujetándolo por un brazo.

No parecía convencido. Sacó y examinó el viejo Tissot con agujas orientales.

—¿Qué te decía?... ¡Ah, sí! Vine a ver a mi primo, Vicente. Hacía seis años que no lo veía. Somos del mismo pueblo, Baigorrita. Le estaba prometiéndole siempre. Que hoy, que mañana.

Sorbió un traguito de Cinzano.

—Está viejo. Casi no lo conozco.

Permaneció un rato en silencio con el mismo gesto abstraído que tenía cuando esperaba en el hall.

—¿Qué tal? ¿Cómo va eso? —volvió a preguntar con desgano.

—Bien, bien.

—¿Se progresa?

—Se progresa.

Se miraron con afecto, sonrieron y callaron.

El tío había sido siempre así. El tío y todos ellos.

—Traje una punta de encargues. La tía me pidió unas latas de "Sal de Hunt". Hace más de un año que anda detrás de eso. Fui a buscarlas a Junín hace dos meses. No... en noviembre. Hace cuatro meses.

—¿Para qué sirve?

—Para el estómago. Es una gran cosa. La gente toma ahora toda clase de porquerías, pero esto es realmente bueno.

Silbó una locomotora y el tío se alarmó.

—Falta todavía.
Volvió a mirar el reloj y sorbió otro poco de Cinzano.

—Bueno, fui a la Franco-Inglesa y conseguí todo lo que quise. Le mostré el tarrito al tipo y me dijo: "¿Cuántos quiere?". Apenas lo miró. ¿Te das cuenta?

Dentro de un rato iba a desaparecer en la ventanilla de un vagón de segunda y no lo vería hasta dentro de cuatro o cinco años. Había otros cinco antes de ahora. Su viejo desapareció así un día y no lo vio más.

—¿Qué tal todo aquello? —preguntó Oreste después de un rato.

Todo aquello. Era un roce lastimero, un crepitar de años envejecidos, una pregunta hecha a sí mismo, a un negro hoyo de sombras.

—Igual.

—¿Los muchachos?

—Siempre igual.

Callaron otra vez.

El tío hizo girar la copa y sorbió el último trago.

—¿Qué hora es?

—Las ocho menos cuarto.

El tío sacó el reloj y lo observó inquieto.

—Casi menos diez. ¿Vamos?

Oreste dudó un rato.

—Vamos.

Estaban enganchando la locomotora. El tío recogió los paquetes y la valija y comenzó a caminar apresuradamente hacia el andén número 4. Parecía haberlo olvidado.

Oreste trató de tomarle la valija y el tío lo miró con extrañeza.

—Está bien, muchacho. No te molestes.

—Déle saludos a la tía. A todos.

El tío se apartó un momento para acomodar la valija. Después se sentó en la punta del banco y permaneció en silencio.

Se miraron una vez y el tío sonrió y dijo:

—¡Oreste!...

El sonrió también, desde muy lejos, al borde del andén.

Sonó la campana y el tío asomó apresuradamente medio cuerpo por la ventanilla.

—¡Chau, querido, chau! —dijo y lo besó en la mejilla como pudo.

Trató de besarle a su vez pero ya se había sentado.

El tren se sacudió de punta a punta. El tío agitó una mano y sonrió seguro.

Oreste corrió un trecho a la par del tren. Corría y miraba al tío que sonreía satisfecho, como aquellos hombres de la infancia.

Luego el tren se embolsó y Oreste levantó una mano que no encontró respuesta.

—Gracias, querido. Gracias.

Corrieron a lo largo del tren tropezando con los tipos de segunda que corrían a su vez como si la estación se les fuera a caer encima y metían por las ventanillas los chicos o las valijas para conseguir asiento. El tío trepó a uno de los vagones cerca de la locomotora y al rató sacó la cabeza por una ventanilla.

—¿Cuándo vas a ir por allá? —preguntó mirando más bien a la gente que se apiñaba sobre el andén.

—Apenas pueda.

—Tenés que ir, eso es. ¿Cuándo dijiste?

—Cuando pueda.



Extraído de "Con otra gente" - Centro Editor de América Latina" - 1981.



OCTAVIO PAZ

páginas de "El Arco y la Lira"

Objeto magnético, secreto sitio de encuentro de muchas fuerzas contrarias, gracias al poema podemos acceder a la experiencia poética. El poema es una posibilidad abierta a todos los hombres, cualquiera que sea su temperamento, su ánimo o su disposición. Ahora bien, el poema no es sino eso: posibilidad, algo que sólo se anima al contacto de un lector o de un oyente. Hay una nota común a todos los poemas, sin la cual no serían nunca poesía: la participación. Cada vez que el lector revive de veras el poema, accede a un estado que podemos llamar poético. La experiencia puede adoptar esta o aquella forma, pero es siempre un ir más allá de sí, un romper los muros temporales, para ser otro. Como la creación poética, la experiencia del poema se da en la historia, es historia y, al mismo tiempo, niega a la historia. El lector lucha y muere con Héctor, duda y mata con Arjuna, reconoce las rocas natales con Odiseo. Revive una imagen, niega la sucesión, revierte el tiempo. El poema es mediación: por gracia suya, el tiempo original, padre de los tiempos, encarna en un instante. La sucesión se convierte en presente puro, manantial que se alimenta a sí mismo y trasmuta al hombre. La lectura del poema ostenta una gran semejanza con la creación poética. El poeta crea imágenes, poemas; y el poema hace del lector imagen, poesía.

Extraído de "El Arco y la Lira"
Fondo de Cultura Económica



Poetas



PATRICIO TORNE

XI

Del árbol inerte
 Pende aún aquella brújula donde
 con manos inexpertas
 Grabábamos señales divinas e ignoradas
 por los hombres

Habíamos encontrado un método
 - Exacto y valiente -
 Y así
 Guiábamos a los naufragos
 Que a orillas de la sombra
 Pasaban bendiciendo con su sangre
 Las palabras moribundas de nuestro diálogo

Todavía
 algunas veces
 Creo oír la llamada repetida de sus frutos
 Que me incitan a seguir buscando un Norte
 Y rescatar
 Los cuerpos perdidos del naufragio.



VI

Por aquellos días
 Nos quedábamos con el olor de la lluvia
 - Compararla con un llanto gigante
 Partido en la tristeza de los dioses
 Era un juego de acertada ternura -

La denuncia que hacíamos del amor
 Llevaba el pánico natural de los tríos

Después de recoger toda la arena del reloj
 Y descubrir el frágil esqueleto de las cosas
 Supimos que los dioses no tenían ojos
 Que la tristeza sigue siendo abundante
 Y la lluvia
 Ya no huele como en la isla.

Extraídos de "Orbita de Endriago" de P. E. Torne
 Ediciones Filofalsía - 1988.

VII

A la hora de la siesta
 El silencio es más certero
 que una bala

Todos los mensajes
 Fueron escritos con la tenacidad
 del naufragio

Es la última botella que
 Arrojo desde la isla

Será de color púrpura
 La tarde el miedo en que me
 encuentren
 Como a un racimo viejo
 Muzelado con la arena.



PATRICIO EMILIO TORNE nació en Helvecia, provincia de Santa Fe, el 31 de enero de 1956. Fue cofundador, en 1983, de la Subcomisión Juvenil de Escritores de Córdoba. Desde 1985, dirige el Taller Literario de la Facultad de Ingeniería y Administración de la U. N. S. L. en Villa Mercedes (San Luis). Obtuvo el 2º Premio en poesía (región Cuyo), en el Primer Certamen Interregional, Organizado por Editorial ALFA de Buenos Aires. Ha colaborado en diferentes diarios y revistas (Clepsidra, Ocnuxaves y Cadáver Exquisito, entre otras). Tiene inéditos dos libros de poesía: "Caos en Orden" y "Helvecia y otros tópicos".

P O E T A S

JUAN C. MOISES

UNA CARTA

la carta que está sobre la mesa
fue enviada hace cuatro días desde
Buenos Aires
siempre
pensé en Buenos Aires
de chico soñé con Buenos Aires
todavía pienso y sueño con Buenos Aires

dos mil kilómetros viajó esta carta seductora
para venir a mi encuentro
y transformar a este pequeño pueblo del sur
en un país desconocido

Juan Carlos Moisés nació en
Sarmiento (Chubut) en 1954,
donde reside. Publicó *Poemas
encontrados en un huevo*, en
1977, y *Ese otro buen poema*,
en 1983.



Extraído de "Querido Mundo"
Ediciones El Lagrimal Trifurca
(Rosario) 1988

EL COLOR DE LAS ÚLTIMAS MANZANAS

el color de las últimas manzanas
en la canasta de María
entre los frutales
cuando la mano del otoño la entristece
y ella no mira cómo los días
le restan primavera
le restan suela a sus zapatillas
no no mira a no ser las manzanas
colmadas de color
y de luz de abril

aquella tarde cuando regresábamos
por el camino de frutales nos dijo
'no es gran cosa esta canasta
estas pocas manzanas
apenas las últimas de este año'

otro más
otro otoño sobre la tierra

inéditos

EDITH VERA

Testamento a Romilio Ricero

Dejo a los que me han amado
Un día de neblina que tibiamente
moje la gramilla del campo,
que apague los sonidos
y desdibuje árboles.
¡Ah!, y una oveja
balando a la distancia.

Si encuentras a la que fué mi infancia,
le pones violetas en el pelo.
treboles en los ojos,
una uva en la boca
y almendras en el corazón.
Ella comprenderá.

Y las flores
recortan en el aire las forasas de los frutos
y atesoran colores para que luzcan bellos.
Les inventan aromas entre nieruas y tierra.
¿Quién dice que están listos?

Un ángel,
con la voz del tiempo primero de la vida,
adelantando un dedo,
dice cada mañana:
- Están bien las manzanas.
- Las uvas, adelante.
- Que nunca se les quite el color a esas fresas
y que para siempre,
los casacos,
tengan el caracol del ombligo de los niños.

Edith Vera nació en Villa María, Uba, el 27 de agosto de 1925 - Poeta, cuentista y plástica - Publicó, entre otros, "Las dos naranjas" Poesía para niños. Este texto obtuvo el premio Fondo Nacional de las artes y el 1er Premio Campana por una buena literatura para niños - Poemas y cuentos de su autoría han sido publicados en un sinfín de medios nacionales y su obra ha sido incluida en múltiples antologías y colecciones, también de carácter nacional.

JAVIER COFRECES

Pesebre con observaciones

Luego de acabar el libro -o en el libro-
llegarán las marcas de las aves
Se trata de una noble teres migratoria.

El lago (hecho de espejito -paso en los bordes-)
del pesebre
refleja la cara
piadosa de María
(en otra oportunidad nos detendremos en ella)
El lago del pesebre
sobre el borde superior derecho
(visto de frente a la cara de María)
tiene manchas marrones.
Descarto que sea nicotina
o esmalte sintético (Bengala 053)
Mucho menos bosta rancia
de camellos de yeso
Tampoco pertenecen a las muestras
parasitológicas del sarnoso Fausto
(a mi izquierda en este momento)
Esas manchas marrones
no hay dudas al respecto
son pedazos de tus ojos
y no hay quien pueda demostrarme
lo contrario
Son pedazos de tus ojos y punto
Nadie contiene tanto marrón
que mira durante la noche
en vista propia
El espejo del lago del pesebre
conservó tu excedente de ojos
por estas navidades.

Por el río IV

La mano calza
justo desde abajo
El brazo es espinel
el codo uoya
la cara es
la boa de boca abierta

Por el río II

La señora que se fué el otro día
viene en este río que te lleva
Alberto me vió en el infierno
Son estas plantas el infierno?
Esta infección próxima en la pierna
es el infierno algo rojo del que naciaba?
Alberto me vió en río
en fuego

En la dos sin tres
en la vencida tercera me vió.
La mujer al medio
el río cerca del naufragio
Es naufragio
Es capote tu cuna
no hay dos
sin.

Javier Cofreces nació en Bs As en 1957.
Publicó "Onofrio, Poesía Descarnada" en
1979 - "Años de Goma" en 1982 - "La Lig
bre tesa" en 1985. Co-dirige la revista
de poesía "La Danza del Ratón" y ti
ne en proceso de publicación otro texto
de poesía, "Pasaje Renacimiento". Los
poemas, Por el Río II y IV pertenecen a
una serie mayor denominada, "Por el Río
Salado".

Sergio Kern

Supermán no está

Estás en un baldío
el sol y la luna
nan decidido no salir
y se quedan mirando televisión
tomando cervezas
eructando

El dolor te atarca
y te hace navegar
en medio de oscuras cocanadas de humo.

Supermán no está por ninguna parte
y así es todo.
Un mar de sábanas embravecidas
levanta olas
olas enormes que flamean húmedas,
estampadas.

En un desierto lejano
nace un edificio con una ventana encendida.

Tu sexo
tu alegría
y tu nombre
se estremecen.

Ahora hay que dormir
y la vigilia
de vez en cuando
levanta un párpado
y te vigila.

Sergio Kern nació en Rosario en 1954.
Poeta, dibujante y humorista, participó del "Movimiento poético de Rosario aglutinados en la revista "El Lagrimal Trifurca (1968 - 1976). En 1982 publicó "Escuchen".

Corazón

Corazón, me estás doliendo
y de cada uno de tus pechos
leche roja
regresa y parte
todo el tiempo.

¿Quién te tucó?
¿Quién te trajo a mi costado?
Yo quisiera bientratarte, corazón,
pero me niego y me niego.

Azul

Veo un cielo
lleno de amigas
que titilan.

Sangre

Deseo escribir
con tinta
Pero en todos los países
alguien sangra.

La sangre existe.

A veces,
llueve por la tarde
y la lluvia se encarga de lavarte
y de lavarme.

Pero en la noche
que siempre es oscura
ella vuelve
dulce
triste
crotando de todos
en todo el mundo.

ENSAYOS ARGENTINOS

HORACIO QUIROGA

Primero fue su padre quien se hirió de muerte involuntariamente en una partida de caza; luego es su hermano mayor el que perece también en forma accidental. El tercer golpe es siniestro: su padrastro, que había quedado casi del todo parálítico, acciona mediante el dedo de un pie el disparador de una escopeta cuyo cañón tenía apoyado contra el rostro, y cae destrozado frente a su hijastro. El cuarto resulta el más absurdo, el más desgarrador, porque es Quiroga mismo quien, en visperas de un duelo, da muerte a un amigo querido mientras examina una pistola. Y cuando se piensa, además, en el súbito deceso de la primera mujer del artista, en Misiones, y en el de él en un hospital de Buenos Aires, se acaba por vislumbrar una secreta elección, se siente como un símbolo esa persistencia oscura y aterradora de la muerte. Es a eso, a esa sordida serie, a lo que se hace referencia cuando se afirma que la vida de Horacio Quiroga fue una tragedia. Pero ¿se le hace de tal modo justicia?

de

H. A. MURENA

¿No se lo empequeñece, no se le mengua valor, cuando se cifra su tragedia en circunstancias al cabo tan exteriores? Por de pronto, al juzgar así, se ignora la naturaleza humana, pues los golpes que se nos asestan desde afuera, aunque concluyan por hundirnos, generalmente nos fortalecen. Es en la maquinaria interior, en las disensiones que la razón arroja a las ruedas del corazón, en el acero del ser, que se rompe de improviso mientras lucha por resistir el peso que se ha buscado, en ese perno fundamental que en el momento menos pensado salta para siempre casi sin ninguna causa, allí es, en el autónomo reloj del alma, donde se cumplen todas las derrotas y todas las victorias, y cuando un golpe del azar nos levanta o nos hunde es porque antes de que él sobreviniera estábamos, allá adentro, ya triunfantes o entregados. Y la verdad es que en el caso de Quiroga, más que en cualquier otro, no sólo se lo disminuye, cuando se hace radicar su tragedia en ese externo juego de la muerte, sino que se encubre también la posibilidad de comprender el sentido más profundo de su obra: porque la tragedia de Horacio Quiroga surgió de lo íntimo

de su espíritu, fue el grave fruto de su propia elección.

Esta tragedia se inició frivolamente, al igual que tantas otras, como si se quisiera que la culpa saltara después más acusadora, con mayor nitidez. Empezó en los años con que terminaba el siglo, y que para Quiroga consistieron en años de un satanismo aprendido en libros, años de admiración por Mallarmé, por Poe, por el "modernismo", por la dorada decadencia. Viajó a París para volver con ese ardor que Europa enciende. A los veintidós años, con un cuento "perverso", triunfó sobre sus rivales montevidianos, conquistando así notoriedad. Un año después publicaba el primer libro: *Los arrecifes de coral* que le valió el aplauso de Lugones. En 1902 acompañó a éste en una expedición a Misiones, ámbito que lo seduce. Publica en 1904 otro volumen de cuentos, y en 1908 una novela y otra entrega de relatos. Lugones lo califica entonces de primer prosista de la juventud americana. Tenía treinta años. Era el éxito.

¿Qué había hecho Quiroga hasta ese momento? Había martilleado sobre el estilo y había jugado con el horror. Era de naturaleza sensible y superior y era americano. Y como los americanos, por no considerarnos pertenecientes a ninguna parte por no estar atados a nada, nos mantenemos siempre en lo ideal, y desde nuestra actitud incesantemente crítica, sólo condescendemos a aplaudir lo perfecto, él había escogido como maestras a las voces más perfectas de la literatura europea de su época. ¿No es acaso el signo más cabal de refinamiento, la suprema libertad del hombre, el poder expresar los más complejos matices de la realidad, esa realidad que siempre lo ha hecho sentirse frustrado, y burlarse del horror, agitarlo como un espantajo al fin dócil, al horror, que siempre lo ha atado y paralizado? Por lo demás, el modernismo había venido a probar, a través de su repercusión en España, que mediante la traslación y reelaboración de modos y sentimientos literarios franceses e ingleses podíamos los latinoamericanos presentar una literatura que no desmereciera junto a la europea. Quiroga halló fácil esta labor. Su primer libro demuestra que podía dominar el lenguaje según el canon modernista: adjetivación escogida, musicalidad, morosidad aristocrática y predominio de la elegancia sobre la eficacia. En cuanto a los caracteres, los cuentos de ese lapso son casi sin excepción señal de su destacada facilidad para inventar tipos extravagantes, de caprichosa supercivilización y para expliar la meandrosa psicología de los sensitivos, ironizantes y dementes. Tenía todas las virtudes que se exigían, y por eso a los treinta años su carrera literaria estaba consolidada y Lugones lo saludaba como a un triunfador.

Es entonces cuando el escándalo, lo que en esta vida —vista con perspectiva— podemos calificar sin exageración de escándalo, acontece: Quiroga marcha a radicarse en plena selva misionera. Por su propia decisión, la existencia se transformó repentinamente para este refinado en una situación extrema, en la que el riesgo y la necesidad fueron el signo de cada día. "La vida —escribió él mismo— se redujo a no contar sino con mis pies y mis manos para salir del paso y a trabajar a veces más duramente de lo que merece un hombre solo." Aparte de esta rara confesión directa, las experiencias que Quiroga protagonizó durante ese período en la selva pueden recogerse sin interrupción en los siete volúmenes de cuentos misioneros que publicó desde entonces. Las sequías, el veneno, la crueldad, los desechos humanos, un sol enloquecido, la "corrección", los yaguaretés, la sed y el miedo de un desamparo abismal fueron las presencias que llenaron y cercaron aquella época suya. Hubiera podido hacerlas desaparecer como imágenes de una pesadilla, y no quiso. Estaba en sus manos regresar a la vida civilizada, y no lo hizo más que para volver en seguida a la selva. Una palabra suya hubiera bastado para que Buenos Aires o Montevideo le proporcionasen el puesto en apariencia más adecuado para su tarea literaria, y él calló. Dejemos de lado los inconsistentes pretextos prácticos con que quiso esconder y justificar su más profunda voluntad: a lo largo de treinta años, casi hasta la muerte, Horacio Quiroga, el estilista, Horacio Quiroga, el admirador de París, Horacio Quiroga, físicamente capacitado quizá sólo para la vida ciudadana, volvió y volvió a la selva, como si ésta fuera su eje decisivo.

Y ¿por qué? ¿Por qué apartarse del triunfo, por qué desdeñar los ámbitos espirituales de las ciudades, por qué rechazar el pan bueno de la vida, por qué esa locura, como lo calificaría cualquier filósofo, cualquier sabio? Porque había sentido el llamado verdadero e irrenunciable del espíritu. ¿Qué había hecho hasta entonces? Había jugado con el horror. Durante años se había dado a la fútil obra de burlarse del horror, de hacer con él lo que le venía en ganas, de negarlo. Era una tarea cómoda, bien retribuida por el halago, y hasta llena de despreocupación, porque no se trataba de ningún

modo de experimentar el horror, de padecer para representarlo, sino de aprender una técnica que estaba clara en Poe y en los maestros europeos: era una cuestión de oído y no una cuestión de alma. Y de pronto, tras esas prácticas fáciles, Quiroga viaja a Misiones, que, como dicen todos, lo seduce. Fue su camino a Damasco. Pues lo que se quiere afirmar con ese ambiguo verbo es que en Misiones se sintió súbitamente golpeado en el rostro, tras-pasado, volteado de su cómoda cabalgadura, por el rayo del verdadero horror.

¿Qué es el horror? Es lo que el espíritu descubre en la vida, es ese estremecimiento singular que sólo el alma puede tener, y gracias al cual el hombre se irguió, fue hombre, y levantó otro mundo sobre este mundo. Las bestias no perciben el horror porque la vida en bruto les es conatural; pero el hombre debe descubrirlo a cada paso para mantenerse vivo, pues únicamente gracias a ello es hombre. Son las sombras de las cosas sumidas en la materia, los silenciosos giros de los temibles elementos primordiales, el acecho de un mundo mudo, al que el alma es tan ajena, los que provocan el horror del hombre, y por eso el espíritu debe ir en pos del horror para descubrirlo, nombrarlo, humanizarlo, para dar paz al hombre. El horror es mundo que no ha sido bautizado con la palabra del espíritu, es mundo del que no se ha dicho nada, sobre el que no se ha alzado otro mundo. Por eso el arte, la literatura, es el sagrado oficio del que, mentándoseas fielmente, conjura el horror de las cosas, se las entrega de verdad al hombre, y se convierte en despreciable artificio cuando afecta creer que entre sus derechos está el de jugar ociosamente con el horror que una vez levanta.

Y ¿quién conjura entonces nuestro horror? Porque si Quiroga, igual que sus camaradas, había hablado y tratado de un horror de otro mundo, de un mundo europeo, de un horror que no era descubrimiento sino pasatiempo, ¿quién entonces destapaba y conjuraba el horror de nuestro mundo americano, de esta vida que nos circunda, quién? Quiroga entendió que cada cosa que había dicho, cada cosa de las que podía seguir diciendo por ese fácil

camino del espíritu que proporcionaba Europa, incluso las más sutilmente combinadas, eran encubrimiento del horror, vanidad, eran sacrilegio. Porque ahí en torno a él, como aún en torno a nosotros, a cada paso, en cada instante de la vida, estaba todo aquello de lo que todavía nunca se habló: los campos inmensos, las calles secretas y recogidas, la forma en que nos amamos y en que nos odiamos, los paraisos en noviembre, el lenguaje que articulamos, los hermosos ríos salvajes, las poblaciones y las almas que las nutren, nuestras propias almas sepultadas con sus laceraciones y sus ansias, todo eso que marcha hacia la muerte sin que nadie le dé otra vida, la redención de un nombre, todo eso que, por hallarse sumergido y frustrado, es vergüenza además de horror, todo eso que se nos torna, incluso la propia alma, en triste enemigo.

Pero era en la selva donde más patente se hacía la necesidad de espíritu: la selva sometida a la planta brutal del ritmo vegetativo, solar, donde los seres humanos son degradados en la escala de la creación, donde se cumple la infernal proeza del triunfo de la tierra, era la que más reclamaba la luz de un espíritu que la conquistara para el hombre. Entonces cometió la locura, porque era a las claras una locura que un artista se arrancara del litoral espiritualizado. Es que había comprendido que el espíritu es justamente esa locura, es ese raptó sólo a él concedido en que puede volverse contra la facilidad, contra sí mismo, para vencer el obstáculo y ser más. Tenía que cumplir esa terrible y sublime misión que le había sido encomendada: había empezado a vivir. Y aun más; cometió lo que ese siempre motivo de desdén e irritación: cambió el evidente camino de la universalidad por el problemático sendero de una selva perdida en el confin del mundo; dejó la comprensible materia de las psicologías complejas y novelescas por un puñado de hombres primarios que vivían muy cerca de la aurora de los tiempos, por los compañeros de éstos, las bestias, y por un paisaje inhumano. "Incurria en la torpeza del provincianismo, se dejaba extraviar por lo más próximo, pasaba a aumentar la historia de limitaciones, fracasos e ineficacias del llamado folklorismo."

Lo cierto es que había encontrado el camino. Para comprobarlo basta con leer los cuentos que se suceden a partir de su radicación en Misiones, basta con oír una vez el inextinguible tono de verdad que de ellos surge. Un abismo separa lo que este hombre había escrito hasta entonces con lo que su pluma anota a partir de ese momento. El horror habita también ahora, como antes, sus narraciones, pero en una forma tal que sabemos que ya no hay pasatiempo, sino sobrecogedoras experiencias: ese horror del que antes se había mofado, del que había abusado en cada línea, es evocado ahora sólo lateralmente, evitado cuando resulta posible, en fin, tratado con una contención sintomá-



tica que ríos está diciendo que en esa literatura no se inventa irresponsablemente, que sólo se presenta el horror porque se lo ha experimentado, en nombre de la verdad, para conjurarlo. En esta señal decisiva podemos ver lo que lo diferencia esencialmente de los folkloristas. Pues un folklorista se complace insistiendo, por ejemplo, en las máscaras incalcas o en los atributos del gauchismo, sin vislumbrar que los incas moldearon esas máscaras para ahuyentar a los incubos que los aterraban, y que Hernández escribió el *Martin Fierro* para que los argentinos pudieran sobrepasar para siempre la miseria que es el gaucho. El folklorismo puede volver a manipular inútilmente esas formas, porque, como es un movimiento escapista, una falta de vitalidad, que pretende escudar su ineptia en la reiteración de lo ya hecho, carece de olfato para el horror e ignora la tarea verdadera del arte. Quiroga sólo menta el horror y lo característico cuando es en absoluto imprescindible, y no insiste en ellos, pues todos los impulsos de sano arte, de vida verdadera, de constructividad, le exigen trascenderlo, superarlo.

La otra transfiguración clave se opera en su estilo. Del rebuscamiento de su primera época se lo ve pasar, poco a poco, a una mayor naturalidad, y luego a una parquedad que concluye casi en el descuido. Las palabras, que tan sospechosamente abundan en su anterior estilo, desaparecen, barridas por un viento radical. Son las palabras esenciales las que quedan, las palabras que les ha arrancado a las cosas en la pugna con ellas. Es la palabra. Y a medida que aumenta el dramatismo de sus obras, a medida que los estremecimientos que narra son más entrañables, mayores deterioros va sufriendo la escritura, el estilo, como si un monstruo impalpable se lo fuera devorando sin remisión. Lo que le comía las palabras, el estilo, era lo que le iba comiendo la vida: la selva, la selva que como un cáncer enclavado en el centro del ser lo roía y lo roía con su horror. Porque Horacio Quiroga se empuñó en ser serpiente que se arrastra con temor y odio, en ser árbol que se calcina bajo el sol, en convertir a su alma en el alma de un mensú que asesina a fustazos, en morir envenenado por las picaduras de serpiente, devorado por las hormigas, en volverse loco de soledad y espanto, para poder arrancar a esas extremas experiencias su secreto, para humanizarla.

Pero pagó. Porque, como dice la frase de Emerson, que le gustaba repetir: "Nada hay que el hombre no pueda conseguir; pero tiene que pagarlo". Pagó con el cuerpo, porque soportó penalidades sin nombre; pagó con el alma, porque el alma que tuvo que poner en las cosas para absolverlas fue la suya. Esa fue su tragedia: ser un hijo de altas culturas y sentirse elegido, llamado a una misión que le exigió rebajarse hasta las bestias, enmudecer como tierra, sufrir en silencio como un árbol. Y a quien no le bastó lo que su pluma narró, que observe una fotografía de sus últimos años en Misiones: sobre el fondo de una estera, en la que están dibujados dos crueles símbolos míticos, entre un extraño atavío de plumas, una piel curtida y estirada y las ramas de un arbusto, entre elementos que representan la voz de una tierra arcaica y terrible, su figura no trae lo diferente, es un elemento entre otros semejantes, otra piel, otro símbolo mítico. Un hombre de la ciudad hubiera recordado allí: su figura emergente entre esas cosas sólo trae la novedad de las sombras de grandes pesares que se acumulan en su frente, y de un miedo cervical, aprendido lentamente, a fuerza de extraordinaria valentía, que flota en los ojos un tanto tristes.

Sin embargo, llegó un momento en que no pudo más, y salió de la selva. Creyó que era él quien se había arrancado a la selva, pero era, en realidad, la selva, la que lo había escupido como un despojo. Sintomáticamente, publicó entonces un libro de cuentos en el que vuelve a sus antiguos temas, a los motivos de antes de marchar a Misiones: la locura, la telepatía, lo erótico-fantástico, etc. II: y una sola narración de ambiente misionero, como si de pronto lo hubiera atacado una amnesia respecto al pasado inmediato, como si recomenzara desde lo último que recordaba, la época anterior a la selva, como si los recuerdos de ésta fueran ya demasiado espantosos como para seguir sosteniéndolos en el cerebro. Y si se las relaciona con la vida de su autor, las narraciones de este libro, sobre todo aquellas cuyos personajes son dementes, resultan impresionantes. Es menester leer las reflexiones, los embriones de ideas que corren por la cabeza del maquinista loco para tener una sensación del estado en que debía hallarse Quiroga para conseguir representar esos extremos. Los resortes de su ser, aflojados, vencidos, deshechos, estaban a punto de saltar: la noche lo esperaba. Pero antes, al cabo de un año, murió. Había pagado hasta el fin las escasas pero esenciales palabras arrancadas a la selva, su triunfo sobre el horror.

Ese fue su sacrificio: aceptar con toda el alma la misión para la que había sido convocado, y entregarle en holocausto la vida entera. Fue el grano de trigo que cayó, que murió, para que otros fructificaran. Por eso cuando se leen sus páginas la verdad es que es él quien se adelanta para entregarnos sus palabras, diciendo: "Tomad, comed, esto es mi cuerpo. Bebed: esto es mi sangre". Nos señala nuestra misión: hay que ir a la selva, para conjurar su horror, para bautizarla con el espíritu, para redimirla con el espíritu, para redimirla para el hombre. Pero la selva está también aquí, en la ciudad, en cualquier parte de este nuevo mundo, en torno a nosotros siempre, en nosotros mismos: Pues nosotros somos la selva, porque aún no nos hemos entendido, no hemos hablado todavía.

(De *El pecado original de América*, 1954.)



* H. [éctor] A. [lvarez] Murena: nació en Buenos Aires en 1923 y murió en la misma ciudad en 1975. Obras: *El pecado original de América* (1954), *Homo atonicus* (1961), *Ensayos sobre subversión* (1962), *ensayos*; *La fatalidad de los cuerpos* (1965), *El centro del infierno* (1956), *Las leyes de la noche* (1958), *Los herederos de la promesa* (1965), narrativa; y *La vida nueva* (1951) y *El círculo de los paraísos* (1958), poesía.

Extraído de "El Ensayo Argentino"-Antología 1930-1970
Centro Editor de América Latina-1981.

EN EL INSOMNIO

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarro. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormirse. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pide consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco.

Extraído de "Cuentos Breves y Extraordinarios"
de J. L. Borges y A. B. Canepan-Santiago Rueda Editor-1967

brevísimos

Que en seguida tome una taza de tilo y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

Virgilio Piñera (1946).

A U S P I C I A N :

- **Decoraciones "OSVALD"**
Alfombramientos — Cortinados — Empapelados
Hipólito Irigoyen 171 — Tel.: 20197 — 5900 - Villa María
- **CENTRO INTEGRAL DEL SISTEMA NERVIOSO**
CLINICA MEDICA Y REHABILITACION
Santiago del Estero 1327 — Tel.: 21434 — 5900 - Villa María
- **LA CASA DE LOS MIL FAROS**
Antiencandilantes
Bairnil
Osram
Cibie
Bv. España 232 — Tel.: 23654 — 5900 - Villa María
- **Centro Privado de Medicina — Dres. Estéban y Gustavo Ancarani, Dr. Carlos Esparza.**
Chile 52 — 5900 - Villa María
- **Giraud Hnos. — Ventas por mayor**
Tucumán 1639 — Tel.: 25084 - 20230 — 5900 - Villa María
- **Estudio Auditor — Contador Eduardo Vassallo**
Villa María: Gral. Paz 219 — Tel.: 0535-22085
Córdoba: Caseros 651 — 8º Piso, "A" y "B" — Tel.: 051-46957
- **Lapilandia — Juguetería — Librería**
Corrientes 1016 — Tel.: 20359 — 5900 - Villa María
- **Jugar y Aprender**
Textos primarios y secundarios — Nuevos y Usados — Diccionarios — Guardapolvos — Juguetes —
Tarjetas de Crédito y Mutuales.
Galería Elía — Local 1 y 2 — Buenos Aires 1170 — 5900 - Villa María
- **Carlos Grosso y Cía. S.A. — Distribuidores Mayoristas —**
Papelería Comercial — Escolar — Computación — Juguetería — Textos: Primarios - Secundarios - Ter-
ciarios — Literaturas.
Casa Central: 9 de Julio 125 — Tel.: 23355 - 20749
Sucursal: San Martín y Corrientes — 5900 - Villa María
- **Ubaldo M. Bertino — Una empresa consagrada al libro —**
Obras culturales y técnicas de los más importantes Sellos Editoriales.
Corrientes 1300 — Casilla de Correo 53 — Tel.: 0535-23685 — 5900 - Villa María
- **Feria Musical**
Audio — Electrónica — Discos — Cassettes — Televisores
Gral. Paz 31 — San Martín 133 — Estación Terminal — 5900 - Villa María

- **Cafetería Camargo**
San Martín 213
- **Cafetería "La Madrileña" – Un lugar tradicional diferente –**
Chopp Quilmes – Picadas – Copas heladas –
San Martín 80 – Tel.: 21401 – 5900 - Villa María
- **Stanza – Equipamientos**
Entre Ríos 1120 – 5900 - Villa María
- **San Huberto – De Carlos H. Cravarezza – Armería y Cuchillería –**
– Caza Mayor y Caza Menor –
Entre Ríos 1025 – Tel.: 22453 – 5900 - Villa María
- **Cycles Mundo Bicicletas**
Entre Ríos 1140 – Tel.: 21842 – 5900 - Villa María
- **La Casa de las Medias**
San Martín 20 – 5900 - Villa María
- **Buensabor**
Cafés – Bombones – Repostería – Alfajores
Buenos Aires 1118 – 5900 - Villa María
- **Joyería Joral – Relojería**
San Martín 89 – 5900 - Villa María

• **UN AGRADECIMIENTO ESPECIAL A LOS SEÑORES:**

Víctor Hugo Alvez,
Dr. Juan Raúl López,
Ramón Campodónico y
Lalo Rodríguez

• **ESTRADA, Copias - 9 DE JULIO 31**

FOTOCOPIAS – IMPRESOS OFFSET – PLASTIFICADOS
TIPIADOS EN IBM Composer – TERMO ENCUADERNACIONES – PLANILLAS PARA
EL AUTOMOTOR Y ESCOLARES.



L E O P A R D I

EL INFINITO

Siempre cara me fue esta yerma loma
y esta maleza, la que tanta parte
del último horizonte ver impide.
Sentado aquí, contemplo interminables
espacios detrás de ella, y sobrehumanos
silencios, y una calma profundísima
mi pensamiento finge; poco falta
para que el corazón se espante. Escucho
el viento susurrar entre estas ramas,
y comparando voy a aquel silencio
infinito, esta voz; y pienso entonces
en lo eterno, en las muertas estaciones
y en la presente, rumorosa. En esta
inmensidad se anega el pensamiento,
y el naufragar en este mar me es dulce.

o

Giacomo Leopardi (1798-1837)

El poema "El Infinito" fue compuesto en Recanati
durante septiembre de 1819 - Es el primero de los
"Idilios" del conde - Traducción de Diego Navarro
Plaza y Janes - 1961

o

